

la Ley de Defensa del Canadá, no hayan sido tomadas en cuenta. Personalmente no soy partidario de que se las atienda y los informes que tengo son que la mayoría del pueblo, incluso de la provincia de Ontario, creen aún que sería peligroso dar alientos al Partido Comunista."

"Estamos como es natural, profundamente impresionados por la magnífica resistencia del pueblo ruso; pero yo, entre otros, estoy inclinado a atribuir eso al vigoroso nacionalismo ruso más bien que a virtudes del comunismo internacional, y, aunque pudiera admitir que el nacionalismo de los rusos está estimulado por su adhesión al comunismo, no estoy convencido de que nosotros necesitamos introducirlo en nuestra organización constitucional.

"A mi juicio, las diferencias, aún perteneciendo al pasado, no pueden olvidarse cuando son fundamentales, y *sigo convencido de que las diferencias entre el comunismo internacional y la civilización cristiana de nuestro país son fundamentales*. Somos violentamente contrarios al fascismo y al nazismo; pero no estamos de acuerdo en que debemos pasar al extremo opuesto para indicar que nuestra oposición es cordial y sincera. La aceptación del comunismo puede causar consternación, como usted sugiere, en las filas de nuestros enemigos; pero estoy seguro que también la causaría en las filas de muy numerosos ciudadanos leales de la mayoría de las Naciones Unidas."

(*"Diario de Yucatán"*. México, 22 de noviembre de 1942)

Algo sobre la frivolidad

Hay una pregunta encerrada en todos los corazones humanos; guardada en todas las bocas, pensado por todos los cerebros: ¿Existe la felicidad? ¿Hay una felicidad que deje el corazón humano satisfecho como si se le hubiese alimentado con su propio alimento; que una vez alcanzada haga de quien la posee un privilegiado superior a los demás; que llene los días del hombre con una verdadera luz generosa? Sí: la hay. La felicidad es Dios; está en Dios; tendemos naturalmente a ella con toda la pesantez espiritual de nuestra alma. Ahora que a veces nos parece muy lejano o un poco abstracta esa respuesta y tratamos de sustituir la Verdadera Contestación, con pequeñas respuestas más concretas; más pegadas al suelo.

Como el hombre se olvida que su fin último sea la felicidad eterna busca sustitutos a ese deseo de felicidad absoluta, se ignora el problema fundamental tratando de llenar ese vacío enorme con felicidades parciales; llámense balances, aguinaldos o loterías. Aparece la frivolidad como una falta de respuesta adecuada al problema fundamental: fin del hombre. "La actuación del hombre es una actuación dirigida a un fin. Santo Tomás, de acuerdo con Aristóteles, San Agustín y toda la ética antigua, establece la felicidad como el

último fin del hombre. ¿Pero en qué consiste la felicidad? Invocando a San Agustín y a la Sagrada Escritura, contesta Santo Tomás: La felicidad consiste únicamente en Dios" (1).

El no querer dar una respuesta adecuada a un problema fundamental, es, pues, frivolidad; pero también puede ser un confusionismo de valores, o una inconsciencia generalizada. La sociedad que al problema fundamental, desocupación, bajos salarios, responde con la respuesta: subsidio invernal a los desocupados, incurre en frivolidad; como es frívola la señora que por una inexplicable vergüenza de haber vivido, rebaja su edad por decenas, con el mismo gesto clandestino con que un lechero echa agua en la leche. Cuando este desconocimiento de fines se generaliza, y la miopía espiritual de los unos encuentra un eco vivo y multiplicado en miles de otros, hasta formar mayorías, entonces es necesario comprender que la frivolidad ha dejado de ser la actitud de un hombre frente a un problema determinado, para transformarse en un sello particular que da carácter a la vida de las sociedades, transformándose en estilo.

Esta falta de orientación sobre los verdaderos fines: sobre los puntos de llegada, se presenta como confusión. No se sabe qué hacer frente a ciertas cosas, y no se sabe qué hacer con ciertas cosas; aclarando esta idea: todo el mundo sabe cómo usar su cepillo de dientes y su pomada de dentífrico, pero no se sabe qué hacer con el alma. Todo lo espiritual, todo lo que sea un poco abstracto se digiere dificultosamente; pues el hombre moderno no asimila lo espiritual. Lo confunde y lo mezcla todo sin la menor orientación posible, que hagan del ser o del pensar vibrantes trazos de una vida toda orientada hacia un fin. Se admira el lujo y se le confunde identificándolo con la grandeza, cuando en realidad son conceptos que generalmente se excluyen. En realidad, la grandeza de alma y de carácter, cimientos y supuestos de toda grandeza no se acuñan en almohadones. El lujo es carne y cimiento de la pequeñez; le es tan necesario al pequeño como la propaganda y las rifas monstruos a los productos malos; es su esencia un poco el deseo chillón de dar el golpe para despertar la admiración bovina de los otros. La del lujo es una grandeza falsa, como falso es el responder de muchas voces a un grito que hemos echado en un aljibe; y es que el pequeño se impone a los demás con algo que no es suyo, como el elegante se impone a los demás con algo que no es suyo, pues ha comprado sus ropas en un comercio, y se limita a hacer de percha al mérito del sastre, mas el mérito de quien supo tejer la tela y quien supo dibujar la tela y remontándonos en las escalas de méritos, es necesario decirlo, porque también lo hay, el mérito de la oveja que dió la lana. Sin embargo, el elegante se cree tal "per se", por sí mismo; como si el haber comprado le diese un imposible derecho de propiedad sobre esa acumulación de méritos.

Keops, Kefrén y Micerinos nos dejaron el certificado de su pequeñez, dejando a la posteridad los monumentos a sus respectivos padres como sabían que sus cuerpos dejarían de ser tales para convertirse en un hato de carne

(1). Matías Baumgartner. "Santo Tomás de Aquino."

desecada, decidieron revestir sus sepulcros con toneladas de la carne firme y maciza de piedra; hicieron el más abismante intento de momificación para conservar la memoria de sus nombres del porvenir.

En todo este problema y en otros también, sucede que el idioma se ha quedado con conceptos vacíos; los cuales están desprovistos del correspondiente contenido en la realidad. Ha sucedido ésto con la grandeza. Sucede con la aristocracia; con la caballería; con la feminidad. Se aplica el término caballero, a hombres que están muy lejos de alcanzar el ideal de tipo humano del Medio Evo; este hombre era virtuoso, dominaba sus impulsos gracias a una permanente comunicación con lo sobrenatural; sin tener de la virtud una idea pasiva, pero sí haciéndola combativa; como es combativo el tener que vencer todos los días y todos los minutos al hombre que tenemos adentro; viva contradicción que supone lucha constante. Fué por esto cotidianamente héroe; no el del torneo, o de la cruzada; sino el héroe de ese silencioso y eterno combate interior; hubo de arrostrar la muerte, molestias y peligros desconocidos para realizar su ideal con la hidalguía de quien ha hecho de la virtud su propia naturaleza. La virtud viril, combativa y sólida como el fuego de la raja, rica en fibras; prestaba a toda su presencia un tinte superior que le hacía señor; a pesar de sus modales toscos y de su bastardo lenguaje, en el que los oscuros vocablos bárbaros libraban batalla contra los luminosos términos latinos. Ese era el caballero; y demás está decir que nunca usó camisa color patito. Hoy por esa razón de ese confusionismo de valores que nos trae nuestra manera de encarar lo espiritual, se entiende y se señala con el vocablo caballero a la persona bien vestida, o bien al tipo amaestrado que nos muestra unas maneras sociales perfectas, aunque sea en su interior una negación de todas las virtudes. Caballero significa, ser el mejor, querer serlo, y no alardear de ello; ni en público ni en secreto. El caballero lo sacrificaba todo por su ideal o por su dama, a quien rendía en las Cortes de Amor, un verdadero culto, pues eran éstas modelos de feminidad, fidelidad y sinceridad, como perfectos ideales hechos carne. No tenían la voz cargada de tabaco, o alcohol, ni tocaban el naípe, pero tenían hijos y vertían en ellos multiplicando el amor que tuvieron al esposo.

El saber responder a unas pocas preguntas decisivas, es determinante del buen ordenamiento de la sociedad; pero es obligación de cada uno saber encontrar las verdaderas respuestas, pues el gesto individual va multiplicando implícitamente por centenas de imitadores. Dice Confucio: "Nuestro verdadero yo o ser moral, es la base principal para la existencia de la armonía u orden moral. Cuando es realizado el verdadero yo, es realizada la armonía; y cuando todas las cosas alcanzan su pleno crecimiento y desarrollo, el Universo se convierte en Cosmos."

JORGE SURRACO.